

la predicción que á dicha señora hizo el entonces viviente San Francisco de Jerónimo, cuando la visitó en Nápoles en ocasión de una peligrosa enfermedad, asegurándola que sanaría de ella, y añadiendo no sé qué, que cuando después de muchos años se verificó, lo tomó la señora como anuncio indubitable de su cercana muerte.»

Este hecho, cual lo refieren los dos biógrafos mencionados, contiene algunas circunstancias de difícil, y aun imposible, explicación. Para cuya inteligencia adviértase en primer lugar, que San Francisco de Jerónimo falleció el día 11 de Mayo de 1716. En segundo lugar, el matrimonio de la condesa de Fuentes con D. Antonio Pignatelli, padres del Siervo de Dios, no se celebró hasta 1720, siendo ambos contrayentes de veinte años de edad, según consta del árbol genealógico de los condes de Fuentes y de la capitulación matrimonial autorizada en Palermo á 20 de Setiembre de dicho año 1720 por el notario público D. Francisco Faseló.

De estos datos incontestables se deduce con toda evidencia que el suceso referido no pudo ocurrir en Nápoles cuando aún vivía en esta ciudad San Francisco; puesto que los dos hijos que á D.<sup>a</sup> Francisca nacieron en aquella corte, vinieron á este mundo el uno diez años y el otro doce después de muerto el Santo. Por otra parte el nombre de Ciro, que se impuso en tercer término al niño José, induce á sospechar que él fue el fruto del peligroso parto, cuya felicidad predijo el Apóstol de Nápoles: porque sabido es que por medio de las reliquias de San Ciro obraba el santo misionero los milagros. Lo mismo parece indicar la tierna devoción del P. José al Santo jesuíta, según que se dirá más adelante.

El suceso, pues, debió de pasar de esta manera. Hallárase la buena señora en grave peligro en el parto de nuestro José, ocurrido en Zaragoza el 27 de Diciembre de 1737. En este mismo año publicó en Madrid la vida de San Francisco de Jerónimo el P. Manuel Antonio de Frias: en ella daba conocimiento de gran número de gracias milagrosamente obtenidas por la invocación

del Santo después de su muerte: habiéndola leído la paciente, y recordando lo que en Nápoles había oído referir de las virtudes y poderoso valimiento del recién difunto Padre, se encomendaría á él con gran fervor; y él, ó bien sea apareciéndosele en forma visible, ó de cualquier otra manera, le daría á entender que saldría bien de aquel apurado trance; que después de aquel parto tendría dos más, y solos dos. De cuyas postreras palabras dedujo la condesa que su muerte sobrevendría á este último parto, como efectivamente sucedió, según escribe el P. Boero. En agradecimiento á este favor de San Francisco, ya que no pudo poner este nombre al hijo que dio á luz, pues el bienhechor aún no estaba ni beatificado siquiera; hízole imponer el de Ciro, de quien tan devoto había sido el Santo. El hijo que nació después de José, llamóse Nicolás; y el último no viviría largo tiempo, pues ni siquiera se hace mención de él en los catálogos de nacimientos de la familia.

Por lo que toca al nombre de María que añade el P. Boero al de nuestro José, es de advertir que no se lee en la partida de bautismo. Inmediatamente al de José siguen los de Manuel, Ciro, Juan y otros dieciséis; mas no el de María. En los documentos que se conservan firmados de mano del P. José, nunca se halla otro nombre de pila que este. Los que con él vivieron, jamás le nombraron José María, sino solo Pepe<sup>1</sup>, D. José, abate José ó P. José: así se echa de ver en cuantos documentos se hace mención de él; y aun en la vida del P. Monzon, en cuya portada se leen por vez primera juntos los dos nombres de José María, no se hallan estos más que en el primer capítulo. Esto induce á creer que el nombre de María fue añadido por el editor de la vida, la cual no se publicó sino después de muerto el autor. Por lo demás en las cartas que de este se conservan, jamás le llama por otro nombre que el de José, sin añadirle el de Ma-

<sup>1</sup> Así le nombran constantemente sus hermanos D. Joaquin y don Ramon en sus cartas.

ría: y esta práctica seguiremos en nuestra historia, por juzgarla más conforme con la verdad.

Así como en el nacimiento de José intervino de una manera tan particular la divina providencia; así también se tuvo por gracia especial del cielo la curación de una enfermedad, que le sobrevino en los primeros años de su vida<sup>1</sup>. Si bien su dolencia á los principios no inspiraba serios temores; agravóse más tarde de tal manera, que agotados sin provecho los recursos del arte, se perdió toda esperanza de poder salvar la vida del niño. Llegó la cosa hasta el extremo de que viéndole sus desconsolados padres sin movimiento alguno por buen espacio de tiempo, y pintados ya en el rostro todos los delineamientos del cadáver, le tuvieron efectivamente por difunto; cubriéronle con un paño la cara, y se retiraron á llorar sin consuelo tan triste pérdida. Los criados de la casa participaban de las angustias y congojas de sus amos.

Una de las criadas, antigua y fiel servidora, que amaba con particular afecto al niño José, cosida á la cama en que yacía el que ya juzgaban cadáver, descubriale el rostro entre lágrimas y sollozos una vez y otra vez, mirábale atentamente, y con ternura como de madre imprimía en aquella frente cadavérica ardientes ósculos. Una vez que estaba contemplándole con más fijeza, parecióle notar algún movimiento en el difunto: mirale con más atención, y en efecto se convence de que el niño alienta y vive. Fuera de sí de gozo y alegría, corre presurosa á donde estaban los desconsolados padres, les da noticia de lo que ocurre, vuelan ellos al cuarto del niño, y con asombro se cercioran de la verdad del hecho. Envían sin demora por el médico, aplica este los remedios convenientes; y los dichosos condes tuvieron el indecible consuelo de ver en muy pocos días restablecido y sin rastro de la pasada enfermedad á aquel hijo que habían ya ofrecido al Señor. No pocos tuvieron por milagro lo ocurrido: otros muchos lo calificaron de favor especial del cielo, y como tal lo solía con-

<sup>1</sup> *Summar.* n. 2.

tar en su vejez el Padre á sus novicios<sup>1</sup>, y por él daba continuas gracias al Señor.

Dábaselas también muy de corazón por otro beneficio, para él muy estimable, cual fue haber emparentado por este mismo tiempo con el joven angelical San Luis Gonzaga, cuyo fiel imitador había de ser. En efecto: su hermano mayor, D. Joaquín, en 17 de Agosto de 1741 contrajo matrimonio con D.<sup>a</sup> María Luisa Gonzaga y Caracciolo, duquesa de Solferino y Grande de España de primera clase<sup>2</sup>. Esta nobilísima dama, descendiente de los duques de Mantua por los marqueses de Castiglione, era parienta en quinto grado de San Luis Gonzaga, primogénito de los marqueses D. Ferrante y D.<sup>a</sup> Marta.

Bien pronto la adversidad turbó el regocijo de los condes de Fuentes por el entroncamiento de su familia con la de los Gonzagas sembrando en ella el luto y la desolación. El día 12 de Enero de 1742, cuando el niño José no contaba sino cuatro años de edad, falleció su buena madre, dejando en triste viudez á su esposo y en más triste orfandad á su numerosa prole. Aunque en tan tierna edad se hallaba José cuando perdió su madre, túvola presente durante su larga vida sin olvidarse jamás de ella. Á este propósito deponen el H. Grassi el siguiente caso<sup>3</sup>: «Acordábase,» dice, «muy bien de la muerte de su madre, aunque cuando acaeció, era él chiquito de tierna edad. En señal de que no comprendía que estaba difunta, decía que andaba saltando en torno de su cadáver, le besaba la mano, llamándola «mamá, mamá,» y lloraba, por que ella no le respondía.» Creería el inocente angelito que su madre estaba enojada con él y le ponía mal rostro; lo cual le lastimaba y le hacía prorrumpir en tierno llanto.

De esta cristiana señora, dice el P. Boero<sup>4</sup>, «hallo escritas

<sup>1</sup> *Summar.* n. 2.

<sup>2</sup> Árbol genealógico de los condes de Fuentes.

<sup>3</sup> *Process. Rom.* fol. 129.

<sup>4</sup> *Vida,* Lib. I, §. III.

en los procesos y otras memorias grandes alabanzas: pues no se contentan con menos que con llamarla señora piadosísima, de vida irreprochable, de costumbres intachables, y ejemplo vivo y animado de toda virtud para las matronas de su elevada condición: y el mismo P. José, hablando alguna vez con ternura y gratitud filial, solía decir que aquella señora era buena y santa; y que tenía que contar entre los más señalados y particulares favores de Dios el habérsela concedido por madre.» Véase lo que deponen Rosa Bergonzi delle Védole<sup>1</sup>: «Acuérdome,» dice, «haber oído contar á Mariana Pensi, á cuya casa iba el Padre [Pignatelli] á visitar á su marido enfermo, que un día esta le dijo: «¡Dichoso V., Padre, que hace buenas obras, y es un santo.» Á lo cual respondió él: «Yo no soy santo: quienes lo fueron son mi madre y una hermana mía monja en Roma, que murieron en opinion de santidad.» Y esto que decía de su madre no podía saberlo de propia ciencia, siendo como era tan niño, cuando ella murió: debió, pues, de haber oído á sus hermanos contar grandes ejemplos de virtud de la difunta señora, para poder asegurar lo que de ella sentía. Por lo que toca á la hermana monja y santa, hacemos constar que no pudo el Padre referirse á una hermana carnal; pues no tuvo más que á María Francisca, la cual fue casada, y vivía cuando el Padre moraba en Colorno, como vamos á decir.

El año de 1744 el conde D. Antonio pasó á Nápoles «encargado de una honrosa comision<sup>2</sup>,» y se llevó allá su familia, ó á lo menos la mayor parte de ella. Consta que acompañaron á su padre, además de nuestro José, sus hermanos Vicente, Ramon y Nicolás. También debió de trasladarse á aquella corte la hija de D. Antonio, llamada María Francisca, pues en 17 de Octubre del año siguiente de 1745 la vemos contraer matrimonio con el conde de la Acerra, D. Fernando de Cárdenas. Apenas pasado un año después de este suceso, la muerte del conde D. Antonio,

<sup>1</sup> *Process. parm.* fol. 464.

<sup>2</sup> *Biogr. eclesiást. completa*, Tomo XVIII, pág. 200.

acaecida en Noviembre de 1746, vino á sumir en nueva orfandad á sus hijos.

Solos nueve años tenía nuestro José, cuando se vio privado del cariño paternal, después de carecer ya del materno por espacio de casi cinco años. Por fortuna el cielo había deparado una nueva madre para estos huerfanitos en la persona de su hermana, la condesa de la Acerra, que los acogió en su casa con mucho agrado, los cuidó con amorosa solicitud, y comenzó desde luego á educarlos más con la irresistible eficacia del buen ejemplo, que con la multitud de los preceptos. «No tenían los condes de la Acerra palacio propio aquí en Nápoles, como dicen algunos. Otros afirman que habitaban en la calle que de su nombre se llamó «del Conde de la Acerra,» en el palacio llamado hoy día «Villa Pepe<sup>1</sup>.»

Cuán satisfecha quedase la buena señora de la conducta de su hermanito José, lo daba á entender años adelante diciendo de él á boca llena y con cierta fruicion que José era un buen niño. Que ejercitase con él los oficios de madre cariñosa, se puede inferir de la autoridad con que por este título juzgaba podía tratar al Padre aun cuando era Provincial de la Compañía: pues como el P. José ahorraba cuanto podía las visitas á su hermana, recordábale ella el materno amor y solicitud con que en su niñez y orfandad le había cuidado. Así lo atestigua el H. José Grassi testigo ocular. Cuando dicho Hermano acompañó al Padre Pignatelli en su viaje de Colorno á Nápoles en 1804, viaje que entre otras causas habían motivado las súplicas é instancias de la condesa, sucedió lo que refiere aquel testigo por estas palabras<sup>2</sup>: «Fuimos á hospedarnos en casa de dicha señora..... Durante este tiempo pude conocer la grande consolacion que experimentaba la bonísima condesa por haber obtenido la deseada presencia de su hermano en la avanzada edad y malísimo

<sup>1</sup> Nota comunicada por el actual conde de Fuentes D. Luis Pignatelli, residente en Nápoles.

<sup>2</sup> *Process. Rom.* fols. 151, 152.

estado de salud en que se hallaba; y presencié el siguiente diálogo, que entre los dos tuvieron: «Me la habéis pegado,» decía el Siervo de Dios á la hermana. Y esta respondió: «¿No ves en qué estado se halla mi salud? Yo te he hecho de madre, y ¿ahora tú querías negarme este consuelo?» Hasta aquí el H. Grassi.

Solos dos ó tres años estuvieron los niños en casa de su nueva madre en Nápoles. Al cabo de este tiempo se determinó que dejando la educacion privada de la familia, entrasen en algun colegio ó seminario, donde con la direccion de experimentados maestros y la emulacion de sus iguales pudiesen hacer rápidos progresos en las letras y después en las ciencias. En consecuencia, pues, de lo dispuesto, fue llevado á Roma el niño Ramon y colocado en el colegio de Padres Escolapios, que llamaban del Nazareno<sup>1</sup>; y José con su hermanito Nicolás volvieron á España y á su ciudad natal de Zaragoza.

Cuán rápidos progresos hiciera el niño José durante su corta estancia en Nápoles, sábase por el testimonio que por escrito dio el P. José Doz<sup>2</sup>, de la Compañía de Jesús. Este Padre comenzó á tratar con Pignatelli recien llegado de Nápoles, con ocasion de estudiar en el colegio de Zaragoza juntamente con José. Más adelante entrados los dos en la Compañía, vivieron

<sup>1</sup> Era la familia Pignatelli especialmente aficionada á la religion de las Escuelas Pías. Son buen testimonio de esta verdad las manifestaciones de afecto hechas en la muerte del Bto. Pompilio María Pirotti, recientemente elevado por Leon XIII al honor de los altares. Hablando de la santa muerte del Beato, dice su historiador: «Allí le encontraron todo el pueblo de Campi y todas las personas más notables de la poblacion, entre las que se contaba el príncipe Pignatelli, que habían ido á acompañar á la Comunidad en aquellos solemnes momentos..... Vestido con los ornamentos sacerdotales fue trasladado de su cuarto al claustro, donde el clero y toda la familia Pignatelli le esperaban para cantar el responso..... Ya en la iglesia fue preciso que el Príncipe Pignatelli mandase su guardia para que custodiasen el cadáver, pues el pueblo había empezado á cortarle el vestido y los cabellos.» Hasta aquí el P. Lasalde. (*Compendio de la vida del Bto. Pompilio María Pirotti*, Cap. VII.

<sup>2</sup> Así le llama el P. Boero. El P. Monzon no le nombra, porque vivía el P. Doz, cuando él escribía.

con santa hermandad por espacio de casi sesenta años, esto es, hasta la muerte del P. Pignatelli. Escribe, pues, el P. Doz lo que sigue<sup>1</sup>: «Á la edad de trece ó catorce años que le conocí y traté familiarmente, no advertí en su persona, en sus pensamientos, en sus acciones, cosa alguna que no fuese de hombre: su juicio era maduro y recto, su obrar con consideracion y gravedad, sus acciones moderadas por la modestia y compostura, serio su trato y sin afectacion de fausto y de grandeza: no tomaba parte en los juegos propios de su edad, ni otra diversion alguna: y solo tenía por bien empleado el tiempo, si lo ocupaba en cosas útiles y provechosas.»

Sentíase ya en tan tierna edad naturalmente arrastrado al estudio: no aspiraba á otra cosa más que á aprender lo que ignoraba y á perfeccionar lo que sabía; y todo su afan y su gusto era ocupar en el estudio de las letras y ciencias todo el tiempo que le dejaban libre sus ejercicios de piedad y las prácticas de devocion, entre las cuales ocupaba un lugar distinguido su misericordia con los pobres. De él puede afirmarse, como de sí confesaba el santo Job, que esta virtud nació con él, con él creció, y le acompañó toda su vida hasta la muerte. Era indecible el consuelo que experimentaba al remediar con sus limosnas la indigencia de los menesterosos; y no solamente les alargaba la mano para darles un pedazo de pan ó alguna moneda, sino que llegó á reservar para los pobres parte de la refeccion que se le daba<sup>2</sup>.

Tales dotes de naturaleza y gracia en un jovencito de la edad de nuestro José hacen presentir respecto de su persona un destino providencial, del que serán argumento irrefragable los sucesos que vamos á referir.

<sup>1</sup> P. MONZON, *Vida del P. Pignatelli*, Lib. I, Cap. I.

<sup>2</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. V, §. IX.